



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Los Estados y la política de la cultura en la perspectiva del siglo XXI

Autor: Levi, Arrigo

Forma sugerida de citar: Levi, A. (1996). Los Estados y la política de la cultura en la perspectiva del siglo XXI. *Cuadernos Americanos*, 3(57), 190-197.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 57, (mayo-junio de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

# LOS ESTADOS Y LA POLÍTICA DE LA CULTURA EN LA PERSPECTIVA DEL SIGLO XXI

Por *Arrigo LEVI*  
VICEPRESIDENTE DE LA SOCIEDAD  
EUROPEA DE CULTURA

1. LA COMUNICACIÓN que he preparado para esta XXII Asamblea General de la Sociedad Europea de Cultura se enlaza necesariamente con los documentos que he tenido la oportunidad de presentar desde que, hace seis años, entré a formar parte de esta sociedad. Les ruego me disculpen pero, desgraciadamente, no se puede inventar una nueva teoría general cada seis meses. Así pues, existirán puntos de contacto entre esta reflexión sobre el tema de la relación entre los Estados y la política de la cultura en la perspectiva del siglo XXI y las anteriores, especialmente con la segunda de la serie relativa al tema "Razón de Estado y razón del hombre, ayer y hoy", que presenté en la conferencia de Padua en abril de 1991, y la última, en junio de 1995, en el Coloquio de Budapest, que tenía por tema la política de la Unión Europea ante la globalización.

El texto que he preparado se puede subdividir en dos partes. En la primera, expondré algunas hipótesis sobre el siglo XXI, deteniéndome especialmente en lo que el último ejemplar de la revista *Strategic Survey* del International Institute for Strategic Studies de Londres, correspondiente al mes de mayo de 1995, ha definido *crisis of governance* (es decir "crisis de la capacidad de gobernar" más que "crisis de gobernabilidad") de los Estados-naciones, como los ha conocido el mundo durante muchos siglos. En la segunda parte, desarrollaré algunas reflexiones acerca de las tareas que se presentarán a la política de la cultura, y por tanto a nuestra sociedad, con las nuevas condiciones históricas que según parece se podrán producir en el siglo XXI y que serán sensiblemente diferentes de las de este "breve siglo XX" —que en realidad ha iniciado (según Hobsbawm, y yo estoy de acuerdo con él) en 1914 y ha terminado en 1989. Si nuestras "condiciones de trabajo" cambian, es de suponer

que también nuestros métodos, objetivos y estrategias tendrán que cambiar.

2. Comienzo, pues, con mis "hipótesis" sobre el siglo XXI. ¿Cuáles podrán ser, según los podemos juzgar hoy que nos encontramos todavía en una "época de transición" entre un siglo y otro lógicamente dominada por una gran incertidumbre, los elementos de continuidad y los principales cambios que podrían caracterizar al siglo XXI en comparación con el siglo XX?

El elemento de continuidad fundamental seguirá siendo el que nosotros vivimos desde 1944: la era nuclear, que proseguirá, que de claro, hasta la eternidad, ya que las armas nucleares no se "desinventarán" jamás. Es cierto que categorías enteras de armas nucleares han desaparecido con el final de la guerra fría, o desaparecerán en los próximos años (de 10 a 15 000 cabezas nucleares probablemente ya hayan sido destruidas como resultado de los tratados de desarme Start I y Start II). Pero a pesar de estos tratados, si se completan y cuando se completen, seguirán existiendo muchos millares de armas nucleares en los arsenales de las potencias: las cinco grandes y las que se han añadido o entrarán a formar parte del club nuclear en el futuro; hoy en día quizás sólo dos (Israel e India) pero su número parece que tiende a aumentar.

El elemento innovador principal es, evidentemente, el final de la guerra fría, el final del gran conflicto ideológico, y también nacional, que ha dominado el escenario global desde que terminó la Segunda Guerra mundial. Esta guerra fue también un conflicto ideológico y nacional en sus contenidos y razón de ser. Sin lugar a dudas, por lo menos a partir de los años treinta, hemos vivido en una época de grandes conflictos ideológicos y globales. El final de la guerra fría, que ha anunciado el final del "siglo breve", fue percibido por todos con un gran suspiro de descanso, como el principio de una nueva era que permitiría un gran progreso de la democracia, de la cooperación entre las grandes potencias desarrolladas y por lo tanto de la paz en el mundo entero.

Así pues, la primera hipótesis que se ha hecho sobre la "posguerra fría" ha sido la de un "nuevo orden mundial". La democratización de la Unión Soviética o de los países surgidos de sus ruinas, y la reconciliación entre el "Este y el Oeste" (cito las palabras de un discurso de Eduard Shevarnadze del 25 de julio de 1988) habrían "representado la condición y las premisas necesarias para la democratización de las relaciones internacionales". No sólo sería posible (gracias al nuevo clima de confianza recíproca que

conducía a los acuerdos de desarme nuclear) disminuir enormemente el peligro de un conflicto atómico mundial, sino dar por terminado el conflicto global, ideológico y de poder, entre el Este y el Oeste, lo cual permitiría la nueva cooperación entre todas las grandes potencias, reafirmaría la supremacía del derecho en el mundo entero, daría una nueva autoridad y capacidad operativa a la ONU y limitaría los conflictos locales. La Guerra del Golfo (que ha hecho justicia a un Estado invadido y ha impedido el nacimiento de una "superpotencia" regional que proyectaba provocar una guerra, incluso nuclear, con Israel) ha sido considerada como la prueba del nacimiento del "nuevo orden". Pero las pruebas sucesivas (Camboya, Somalia, Ruanda y sobre todo la ex Yugoslavia) han demostrado que, a pesar de las numerosas iniciativas de paz de la ONU, se estaba muy lejos de alcanzar el sueño de un "nuevo orden". "A pervading sense of impotence (son las palabras iniciales del ejemplar anteriormente citado de la revista *Strategic Survey*) characterised international affairs during the past year. As a consequence it was a period of drift". Esta "sensación de impotencia" nos indica que las grandes potencias y la ONU, que no es nada sin su apoyo, no "gobiernan" los acontecimientos y que nos encontramos más bien "a la deriva" en el tempestuoso océano de la política mundial. El sueño de un "nuevo orden" no se ha desvanecido pero la realidad es todavía, muy diferente.

La teoría del "final de la historia", gracias al triunfo universal de la democracia, no ha sido confirmado por los acontecimientos de esta "fase de transición" entre los dos siglos. Existen demasiadas incógnitas acerca del futuro. No se sabe hasta qué punto los Estados Unidos cumplirán con su responsabilidad de primera y quizás única superpotencia: las tendencias hacia un nuevo aislacionismo o "unilateralismo" son evidentes. Desconocemos si Rusia completará su "democratización", cuándo lo hará y si se decantará verdaderamente hacia la cooperación con el Occidente o procederá en el sombrío diseño de una nueva grandeza imperial. El futuro de China, que en el siglo XXI podría transformarse en la primera potencia mundial, es todavía oscuro e incluso se habla de una "nueva guerra fría" entre China y Estados Unidos. También la elección "occidental" y pacífica del Japón se presenta acompañada de un espíritu nacionalista y revanchista, aún vivo, que no podemos considerar precisamente tranquilizador. Europa continúa dividida en lo que se refiere a política exterior y defensa y poco capaz de utilizar todo su potencial económico y militar en el continente y en el mundo (como por ejemplo en Bosnia). Nuevas amenazas llegan del Sur,

del mundo "árabe-islámico" atormentado por su difícil modernización, por sus frustraciones y sus sueños de grandeza y amenazado, como todos nosotros, por un terrorismo extremista que parece aumentar cada año.

3. Se hacen otras hipótesis acerca de lo que podrá ser el siglo XXI. Samuel Huntington ve en nuestro futuro lo que ha llamado "a clash of civilizations", conflictos de alcance imprevisible entre seis o siete "civilizaciones". Henry Kissinger habla de un "retorno del pasado": si los grandes conflictos ideológicos han desaparecido, se ha vuelto a un sistema global caracterizado (como en el siglo XIX e incluso anteriormente), por un frágil "balance of power" entre cinco o seis "grandes potencias": Estados Unidos, Rusia, China, Japón, Europa y quizá alguna más. Es cierto que existen importantes elementos de "interdependencia" económica que jugarán a favor de una cierta estabilidad y que instituciones supranacionales o interestatales se esforzarán por mantener el orden y la cooperación. Es igualmente cierto que la existencia de armas nucleares sigue haciendo poco creíble la hipótesis de guerra entre las grandes potencias; pero el número de las potencias nucleares podrá aumentar fácilmente y una "pequeña" potencia nuclear a lo mejor será mucho menos "responsable" que una grande. Así pues, el "sistema global" del siglo XXI nos presenta un cuadro en el que es difícil prever las grandes líneas, pero en el que los conflictos, si no globales, locales o regionales, podrían ser la regla y no la excepción. En esta "época de transición" entre los dos siglos es difícil saber si los sucesos a los que asistimos, sin poder hacer nada por frenarlos y que causan tantos sufrimientos (Bosnia, Chechenia, Ruanda...), son la "cola" de la historia del siglo pasado o el anuncio de lo que será el nuevo siglo. Pero la cautela nos hace pensar que el siglo XXI será un siglo difícil y atormentado, aunque cueste imaginar qué pueda exceder en horror al siglo XX. Podemos imaginar también que las nuevas tecnologías militares harán todavía más difícil el mantenimiento de la paz.

4. En este panorama de incertidumbres se perfila la crisis de los Estados nacionales tal como los hemos conocido en los siglos pasados. Llegado a este punto, yo querría enlazarme, una vez más, con el gran análisis de Umberto Campagnolo sobre la relación existente entre "Razón de Estado y razón del hombre", que se remonta a 1958 (VII Asamblea), es decir, a los primeros años de la guerra fría, pero que mantiene una gran actualidad incluso refiriéndonos a las condiciones del sistema global del siglo XXI. Campagnolo, en aquel entonces, era muy pesimista acerca del futuro: la esperan-

za era poca cuando se hablaba de "evitar la catástrofe" atómica gracias al "pluralismo de la estructura internacional". Las armas atómicas, decía, "no pueden destruir la razón esencial de la guerra", ya que las raíces se encuentran en la propia naturaleza del Estado que "determina entre las sociedades políticas una competencia sin límites... y una tensión que en cualquier momento puede degenerar en guerra". Él juzgaba "inevitable" el antagonismo de los Estados y su lógica de poder y pensaba que solamente "la unificación jurídica del mundo" podría "liberar al hombre de la angustia atómica". Pero no creía que esta "unificación jurídica" pudiera ser el resultado "del fortalecimiento de ciertos organismos interestatales" o "la creación de una especie de gobierno mundial emanado de los Estados". Concluía que sólo el compromiso de los pueblos, en un "pensamiento innovador" que se resumía en la política de la cultura, podría crear nuevas "comunidades de interés", capaces de "superar las barreras representadas por las fronteras nacionales". No confiando en las "instituciones", creía sólo en la intervención de la política de la cultura, aunque esta tarea le pareciera "titánica" y casi imposible.

Discutiendo estas tesis, hace cuatro años, yo declaré tener más confianza en las instituciones, nacionales o interestatales, de cuanto Campagnolo tuviese en 1958: pensaba que, en vista de los éxitos de instituciones como la Comunidad Europea y considerando las nuevas condiciones de cooperación entre las grandes potencias tras la guerra fría (de las que se empezaba a entrever las grandes líneas), nos encontrábamos en una situación internacional más favorable para los esfuerzos de la política de la cultura cuya tarea continuaba siendo evidentemente "titánica" pero no imposible de llevar a término.

Reflexionando hoy sobre los mismos problemas, me pregunto si la guerra fría (es decir la polarización de todos los conflictos en el gran conflicto Este-Oeste) no haya contribuido, "casualmente", a hacer el "pluralismo de los Estados" menos controlable de cuanto se podía prever en 1958. La cuestión se centra en si el final de la polarización ideológica y las excesivas esperanzas suscitadas por el final de la guerra fría, puedan provocar el resultado negativo de aumentar el peligro de conflicto entre los Estados. En este caso, el análisis de Campagnolo sería más válido para el siglo XXI que para la fase final del siglo XX que hemos llamado guerra fría.

5. Los conflictos que se han desencadenado durante estos "años de transición" no son muy enaltecedores. Pero existe otro aspecto que podría representar un cuadro global todavía más inquietante:

me refiero a la "crisis de los Estados nacionales" y de la Institución-Estado. Se dice que el Estado nacional ha llegado a ser "demasiado grande para los problemas pequeños y demasiado pequeño para los grandes". Se ve al Estado nacional (no sólo los Estados democráticos, sino también los Estados autoritarios o totalitarios), amenazados desde abajo por una demanda creciente de autonomía y de autodeterminación por parte de las regiones o de las comunidades étnicas o religiosas que están incluidas en él, y amenazado desde arriba por la aparición de nuevos poderes "transnacionales", no sólo por las instituciones interestatales y supranacionales sino también por el poder de las empresas y los mercados financieros globales, por la criminalidad internacional y por ciertas amenazas para la salud o para la ecología que sobrepasan el alcance de los poderes del Estado.

Por lo que se refiere a los Estados democráticos existen además otras dificultades. El final de la guerra fría (es decir la desaparición de un peligro exterior), hace mucho más difícil la creación, dentro de los Estados, de un consenso que permita al Estado actuar en el ámbito internacional con autoridad y credibilidad. Hemos asistido a la "entrada en escena" de las masas, que hoy ya no ceden a las élites políticas la "delegación" de las decisiones que les concedían durante los años de la guerra fría. Las masas quieren decidir por ellas mismas; pero su opinión, en esta "era de los *mass media*", se forma con base en informaciones que son, respecto de la mayoría de las crisis, superficiales, fortuitas e insuficientes. Se corre el riesgo de que el sentimiento y el instinto lleguen a ser mucho más poderosos que el conocimiento. Así pues, los gobiernos tienden a replegarse sobre los problemas internos y a adoptar hacia los problemas del mundo entero una actitud "aislacionista". Esta actitud juega a favor de los Estados no democráticos que todavía están gobernados por ideologías fanáticas (nacionales o religiosas) que atribuyen a la vida humana, según nuestra sensibilidad, un valor limitado. Dicho esto, el sistema internacional en el siglo XXI podría llegar a ser todavía menos gobernable y más peligroso de cuanto previera Campagnolo hace casi cuarenta años. Se puede confiar en que la acción de las instituciones interestatales, como la Unión Europea, la OTAN o la ONU, y el sentido de responsabilidad de las grandes potencias, que les invita a no dejarse involucrar en conflictos que las podría contraponer (por ejemplo, los conflictos de los Balcanes), limiten el peligro de una "anarquía universal", de un inaceptable peligro en la era nuclear. Pero la retirada de escena de la lógica despiadada de la guerra fría (con sus enormes peligros, pero tam-



bién con su necesaria prudencia), y la crisis de "governabilidad" de los Estados (cuyo número podría aumentar hasta alcanzar niveles inquietantes) crean condiciones que hacen que una "política de la cultura" sea más necesaria que nunca. Nuestro universalismo, nuestro "ecumenismo" humanitario, tiene que luchar no sólo contra los "monstruos fríos" de los Estados e ideologías totalitarias, sino también contra el peligro de la irresponsabilidad de las masas que amenaza con paralizar los Estados democráticos, contra los fanatismos intolerantes de las ideologías nacionalistas, étnicas o religiosas, que ahondan sus raíces en viejos mitos pero todavía poderosos y contra los mares de ignorancia que los *mass media* parecen incapaces de combatir. Para la política de la cultura no habrá en el siglo XXI un menor número de tareas a realizar sino muchas más y mayor número de espacios en los que se podrá y se deberá actuar, con respecto a los que existían en los primeros años de la guerra fría, época que justificaba el pesimismo y las esperanzas de Umberto Campagnolo.

6. Más que nunca, el núcleo de iniciativas de la política de la cultura, y de la Sociedad Europea de Cultura, se sitúa dentro de las sociedades democráticas aunque hoy, más que hace treinta o cuarenta años, se deban continuar e incluso aumentar los esfuerzos para comunicarse con los "otros" en el terreno que puede crear la universalidad de la cultura y sus valores. En las sociedades democráticas es necesario intentar llenar el vacío que las instituciones y el mercado de los *mass media* dejan en la formación de la opinión pública.

Ciertamente hoy encontramos muchas iniciativas culturales en nuestras sociedades. Encuentros, conferencias, muchos libros publicados y vendidos. ¿Qué podemos hacer con nuestros medios? Se discutirá en una de las próximas sesiones acerca de nuestra organización e iniciativas: hemos sabido organizar —y es necesario agradecer los grandes esfuerzos y la dedicación de nuestro secretario general—, muchos encuentros y debates de alto nivel intelectual. Podemos confiar en conseguir reanudar en un próximo futuro la publicación de nuestra gran revista. Pero, ¿cuáles deben ser los interlocutores en estas iniciativas?

En Europa, las razones de un diálogo Este-Oeste ciertamente no han perdido su importancia, incluso tras la "reunificación" de Europa en el marco de una ideología democrática. Nuestra última reunión en Budapest lo ha confirmado una vez más. Este diálogo debe continuar. Yo creo que todavía podemos desempeñar un papel importante acogiéndolo con gran atención las esperanzas y las decepciones.

ciones de nuestros amigos de la Europa central y oriental. Quedamos a la escucha, con la convicción de que de este diálogo nosotros, los occidentales, tenemos mucho que aprender.

En segundo lugar, pienso que se debería intensificar nuestro diálogo con otras regiones del planeta y me refiero principalmente a América Latina que vive hoy una especie de renacimiento no sólo económico y político sino de extraordinaria vitalidad cultural. Pienso también en el mundo islámico, nuestro vecino al otro lado del Mediterráneo, y del que nuestros *mass media* tienden a ofrecer una imagen enormemente deformada; pero vecino que a su vez también tiende a hacerse una idea deformada de Europa y del Occidente según viejos prejuicios "anticolonialistas" que poco o nada tienen que ver con la realidad de nuestros días.

Finalmente, es necesario que prestemos más atención a ciertos medios culturales algo distantes de nuestra visión liberal y laica de la historia, cuyas raíces son distintas de las de muchos de nosotros (me refiero a los protagonistas del movimiento ecuménico), pero que hoy tienen un papel importantísimo en los esfuerzos por liberar a las masas de prejuicios y mitos arcaicos, contra los cuales nosotros también luchamos con fuerzas quizá más limitadas y con una menor capacidad para hacer oír nuestra voz.

7. En la poco clara perspectiva del siglo XXI y de sus retos, la crisis de la institución central de los tiempos modernos, el Estado, y la situación embrionaria de muchas instituciones interestatales que están surgiendo, parecen poner más que nunca el bastón de mando de la historia en mano de los pueblos. Y los pueblos son sensibles a la llamada de los instintos primordiales que los guían, y nos guían, por caminos muy peligrosos en esta era nuclear, hacia conflictos que amenazan la supervivencia misma de la humanidad. Ello aumenta la responsabilidad de los que creen en una filosofía humanista y universalista o en una teología de amor entre los hombres y los pueblos: éstos tienen que saber hablar no sólo con los responsables de las instituciones sino con las gentes, con los pueblos-niños en los que el progreso científico y tecnológico ha exaltado el poder mucho antes de que el progreso ético y cultural haya aumentado la sabiduría. Es necesario hacerse oír, cosa no fácil en medio del fragor de los *mass media* que crean y destruyen un nuevo mito cada dos días. Pero es la tarea que tenemos que proponernos: tarea ciertamente titánica, como la definiría hoy al igual que hace 37 años, Umberto Campagnolo.

*Traducción de Luisa Ibáñez Pelechá*